



¡Se están peleando la Chole y Toña en el comedor!

Lilia y yo palidecimos. ¡En la madre! ¡Dios nos ampare! Salimos corriendo de la enfermería y bajamos los tres pisos hasta el rellano entre la puerta del comedor y la bajada hacia los talleres. Ahí estaban. El hueco que se me había hecho en el estómago en cuanto supe de aquel pleito se convirtió en un dolor, de angustia, de miedo-pánico.

Hacía varios días que se sentía en el ambiente, se respiraba pesado, se caminaba con miedo por los pasillos —sobre todo en las noches—. Creo que no hay otro lugar en el mundo en el que se pueda decir de manera tan real que “se siente en el aire” la tensión, el miedo durante días, colectivamente, como en la prisión.

De hecho todas sabíamos que aquello iba a pasar, y todas teníamos miedo. Porque pleitos los había todos los días como quien dice, pero de un pleito entre Toña y Sol (a mí no me gustaba llamarle “la Chole”, y ella se reía de mí “ah, que Sonia tan pendeja, si siempre me han dicho pior”) de un pleito así todas esperábamos una muerte. Las dos eran realmente, en lo que a riñas se refería, las más peligrosas de la cárcel y nunca habían sido amigas, aunque hasta hacía pocos días se mantuvieron respetando “cada quien su terreno”. Hasta que Toña rebasó los límites.

Y ahora ahí estaban. Golpeando, insultando, pateando, matándose con una furia, con un odio que estremecía a todas y cada una de las que rodeábamos en silencio —silencio extraño entre quienes presenciaban un pleito— aquel espacio en el que aparecían ya manchas de sangre y trozos de uniforme. De pronto caí en la cuenta de algo casi insólito, pero que,

en medio de todo me tranquilizó un poco: ninguna de las dos estaba armada. Esto no era normal en ellas, sobre todo en “tiempos de guerra” (parece que en el momento del encuentro alguna de las dos estaba desarmada y la otra, en un gesto noble, tiró la navaja lejos). Empecé a buscar a alguna gente que pudiera estar dispuesta a intervenir para tratar de parar aquello, aunque, siendo quienes eran las contendientes, sabíamos la bronca que podía surgirnos, si no ahí, después, dependiendo de cómo interpretaran nuestra intervención Sol y Toña. Pero también estaba claro que, o interveníamos nosotras, las “internas”, o las vigilantes seguirían —como era normal en cualquier pleito— gritando a distancia, “niñas por favor sepárense”.

“¡Ay muchachitas ya no se peguen!” “¡Chole, déjala que la matas!”, mientras se apretaban las manos. O como en el caso de Luisa y Odilia, dos deshechos de la raza humana a las que también sufríamos en su calidad de vigilantes, que sonreían esperando “a ver cuál se muere primero”.

En ese momento ya era notoria la ventaja de Sol. Yo estaba a punto de estallar. ¡Otra vez había allí dos vidas humanas a las que se las llevaba la chingada y otra vez esa impotencia hija de la gran puta que había reinado sobre todos mis otros sentimientos por todos esos años! ¡Otra vez no podía hacer nada! ¡Otra vez no podíamos hacer nada! Ni la que iba a morir en esa forma tan estúpida. Ni la que iba a matar en medio de la estupidez. Ni todas las demás a quienes nos dolían las dos. Ni las vigilantes, ni siquiera para justificarse ante sí mismas. (Lilia me llamaba romántica soñadora cuando le in-

sistía en que las vigilantes —por lo menos algunas— seguramente tendrían serias broncas con su yo interno).

...Y en ese momento entraron en tropel cinco, seis policías (de la Montada que era la encargada de la guardia externa). Parece ser que Lilia en su calidad de médica del penal, había sugerido a la jefa de Vigilancia la entrada de policías del sexo masculino para dominar por la fuerza, a las rijosas. Y ahí se armó la de dios es padre —como decía Mari “la Genio” cuando dejaba a un lado la ciencia—, porque sucede que, cuando les dijeron a los polis que se trataba de una emergencia, uno de ellos actuó con tal prisa que se olvidó de dejar su M1 en la comandancia, como tenían órdenes cada vez que alguno por alguna razón entraba a la cárcel.

Y fue ese mismo quien, con la mano libre, jaló por un brazo a Sol, quien con la fuerza del tirón y absolutamente dispuesta a iniciar la lucha también con los policías, fue a dar con las dos manos sobre el arma. Tocarla, darse cuenta de qué era y arrebatársela al poli fue toda una. Con un gritote se hechó para atrás, apuntando a los policías primero, a las vigilantes después “¡Ora sí, jijos de la chingada! ¡Muy machos ¿no?! ¡Camínele pa’lla vieja méndiga! ¡Ora vamos a ver como te ves con un hoyo en la panza, güey!”

Estaba imponente. Con un pelo en total desorden, con la cara hinchada, medio desnuda, con las manos firmes en el arma cuyo cañón paseaba de una a otra cabeza, de uno a otro pecho. Parecía hasta más alta, con esa lucanita en los ojos que yo le había visto cuando leía “Alma encadenada” de Eldrich C. en mi celda y comentábamos sobre la lucha de los negros en los Estados Unidos, y me decía “me cai Sonia, que tenemos que hacer algo así aquí... ¿tú crees que hablando con todas las pirujas no jalan? ¡me cai que sí!” La verdad es que tenía unos ojos de lo más expresivos. Es difícil imaginar una mirada más desconcertada y feliz al mismo tiempo que la de Sol el día en que la invité por primera vez a compartir mi visita, —a ella no la visitaba nadie—; ese día, al llegar mis hijos ella intentó retirarse del lugar donde estábamos sentadas en el campo de la cárcel. “¿Qué pasó Sol? ¿No quieres comer con nosotros?, anda siéntate que si no mis hijos van a pensar que te cayeron mal”. Y se quedó, ¡tan maravillosamente tímida! Ella que se peleaba con la vida desde los once años en que “quien sabe que chingaos pasó con mi mamá”, y tuvo que empezar en la prostitución “pos ya qué, ya me había jodido un hijo ’e puta”. Ella, que era —según definición de alguna respetable intelectual que por algún lamentable accidente se encontraba en la prisión— “drogadicta, puta, lesbiana y ratera”, a la que le valía madre la opinión de casi todo el mundo —intelectuales respetables incluídas—, ella tenía la mejor sonrisa del mundo cuando le pedí que “por favor acompañara a María José a traer los refrescos”. Y cuando mi hija de diez años le tendió la mano para caminar juntas, los ojos se llenaron de lágrimas. Ella y yo sabíamos por qué: Ella tenía una hija en un internado, y jamás la iba a ver porque “no quiero que sepa quien soy, no quiero que sea como yo y quiero que me siga queriendo; por eso mejor nomás

le escribo, le cuento mentiras y le mando sus cosas”. Y además, nadie en la cárcel le había confiado nunca a sus hijos “ni por un minuto”. A partir de ese momento surgió una gran amistad entre ella y mis hijos.

Y ahora... caminaba, daba vueltas despacito, o de pronto giraba violentamente apuntando con el M1, amenazando a gritos, con una expresión de odio profundo. Se le veían los músculos de los brazos, tensos a través de las incontables cicatrices que atestiguaban las veces que se había “pasado” y había tenido que cortarse para, desangrándose, evitar un shock.

De pronto, se fue directa hacia uno de los policías. “¿Qué güey? ¿A ti fue al que le quité esta chingadera?” El poli apenas acertó a mover la cabeza asintiendo. Sol se echó a reír a carcajadas y, entregándole el arma le dijo “Ten cabrón, al cabo yo ni la sé usar”, y riéndose se metió al comedor a “echarse un refresco”.

Cuatro meses después, un domingo antes de que saliera después de cumplir su sentencia (y después de haber pasado dos meses apandada por lo del pleito), llamó aparte a María José “¿Sabes niña?, ya voy a salir, y quiero decirte algo: no puedo darte mi dirección porque no tengo casa, pero yo la giro por el rumbo de Tacuba, en el hotel San Juan siempre saben donde ando. Si alguna vez me necesitas por algo, nomás preguntas por la Chole. Yo nunca podré decirte qué está bien, pero siempre voy a poder decirte qué está mal; o sea yo no te puedo decir: así se hace esto, pero si te voy a decir: así no se hace. De modo que si alguna vez tienes alguna bronca, acuérdate de mí y búscame, no le hace si tu jefa sigue en el bote o no”. Dos días después, entró corriendo a mi celda y me aventó algo en la litera debajo de la mía, “Ay te manda una loca” y se fue. Era un mono de peluche con una nota prendida en una oreja “De Sol con amor”.

Regresó más tarde, a llorar un rato porque “ya mañana me voy y afuera no tengo ningún lugar en donde pueda llorar sin que alguna pinche chismosa vaya luego a contar que ando de chillona... y hace falta chillar ¿vieras?”

Y lloramos juntas, como cuando se murió Clara. J